

zación del planeta y del sujeto en quien se atestigua: *España, aparta de mí este cáliz* (*id.*, p. 702).

En junio de 1929, en vísperas de su segundo viaje al Este, en compañía de Georgette, le escribía Vallejo a su hermano Manuel en Santiago de Chuco: «Le ruego mandar decir una misa al Apóstol<sup>35</sup> a mi nombre. Una vez que sea dicha le suplico me lo indique, diciéndome el día y la hora en que ella se ha realizado. Le he pedido al Apóstol me saque bien de un asunto». Algo ya expuse del modo como, en sus escritos de militancia marxista de 1931, siguió encarando la permanencia del «sentimiento religioso», remitiendo para «más tarde», una vez llevada hasta su última consecuencia la revolución, la cuestión de determinar «la suerte que tendrían las creencias religiosas en el porvenir». Una postura discutible, pero que no era postura irreflexiva, inspirada por la mera «simpatía», o un arrebatado de «idealismo», entre urgencias «materiales» y bajo presión «mujeril». Vallejo había llegado a ella, después de años de perplejidad, cuando quedó persuadido de que «la dictadura franca e implacable» que reinaba en Rusia,<sup>36</sup> con el precio elevado que cobraba, favorecía la emergencia de un nuevo tipo de hombre —el bolchevique—, tan dinámico y lúcido como eficiente y generoso, que luchaba para que, no bien «pasase la lucha», «puesto que pasaría», triunfara el «amor» en la tierra bajo la forma «del abrazo definitivo de todos los hombres».<sup>37</sup>

En el «cotejo» de sus «puntos de vista», de febrero-marzo de 1932, no tenía por qué Vallejo oírlo a Larrea con otra «oreja» que «entornada», pidiéndole «aclaraciones y precisiones» movido —como lo anticipara— por «el interés fraternal» y, también, por una «curiosidad de prójimo» que, en el discurso ajeno, incluso el del «hermano», buscaba nuevas razones para afianzar el propio. Es legítimo pensar que fue después de una de sus juntas con Larrea que, al pie de una de las páginas de *El Arte y la Revolución*, su «libro de pensamientos» que estaría revisando y corrigiendo hasta entrado 1934, Vallejo añadió esta nota: «La obra de arte y el medio social: Larrea, en su obra, refleja su vida y la de su época: inhibición en él, defensa de su clase por la conservación de la sociedad actual».<sup>38</sup>

Faltando documentos, muy poco sabemos de la evolución *política* de Vallejo en los años siguientes. Cuando él volvió a manifestarse, ya corría 1937; la Guerra de España estaba en su auge; no lo movía más la preocupación del *comunismo* con su augurio de un *futuro* inédito, sino la de la *democracia* tal como funcionaba, bien o mal, en el presente. Así, dirigiéndose a «los pueblos iberoamericanos», los instaba a que tomasen mejor conciencia de «la internacionalización de la causa democrática», pasando «a segundo término» sus «otros problemas», entre ellos el «del imperialismo» estadounidense, para atender «el solo y universal problema del momento», «cual era» el de oponerse a «la hegemonía del fascio en el mundo» que, de realizarse, no contenta con «destruir las ideas de libertad, de paz y de progreso en la sociedad contemporánea», daría cabo «del cuerpo y el espíritu mismo» de los diversos pueblos, «sus bases históricas»,

<sup>35</sup> *El Apóstol Santiago, patrón de Santiago de Chuco*.

<sup>36</sup> Rusia en 1931, *cap. X*.

<sup>37</sup> Rusia ante el segundo Plan Quinquenal, *cap. «El arte y la revolución»*.

<sup>38</sup> Capítulo «La obra de arte y el medio social».

«sus instintos vitales más profundos y sagrados»: era lo que se había hecho con Abisinia y «lo que se pretendía hacer con China y con España».

Desde luego, el drama que más directamente lo conmovía era el de España, y apelaba con particular énfasis a sus compatriotas a «la defensa de la República española», «por ser ésta el objeto principal de la agresión fascista» y, no menos, porque entre «el pueblo español» y los «iberoamericanos» existía una comunidad de «raza» y «sobre todo» de «historia», que debía hacer que ellos sintieran como ninguno «todo ese palpitante, humano y universal desgarrón español en el que el mundo —entonces— se inclinaba a mirarse como en un espejo, sobrecogido a un tiempo de estupor, de pasión y de esperanza».<sup>39</sup>

Nada, con todo, en aquellas páginas de febrero-noviembre de 1937, que deje sospechar que a Vallejo se le haya ocurrido, ni siquiera fugazmente, relacionar las «grandes lecciones culturales» que infería del conflicto peninsular con los pronósticos *neomúndicos* de Larrea, de los que ignoraba el nuevo impulso que el acontecimiento les daría, pero que conocía de sobra, en su estado inicial, no sólo porque los había discutido con él en 1932, sino porque se los había oído reiterar en 1933, con motivo de la presentación en París de su colección de antigüedades precolombinas.

Ahora bien, no nos detendrían dichas páginas si las invalidara, mínima o máximamente, la *poesía* contemporánea de Vallejo, lo único que en buena cuenta nos importa. Pero así no sucede: salvados «los grandes movimientos animales, los grandes números del alma, las oscuras nebulosas de la vida», que constituyen propiamente su virtud *poética*,<sup>40</sup> no veo lo que en los versos últimos de Vallejo (tomando *último* en su acepción más amplia, desde los que, en 1931-32, «saludaban», en posición de «ángel», al «bolchevique», hasta los que, en 1937, saludarán, como «hombre humano», al «voluntario» «del sur, del norte, del oriente» y, asimismo, «occidental»), podría justificar la lectura optimistamente americana —¡mañana, en América!— que, a lo largo de los años, en sus sucesivos retiros de México, New York y Córdoba, R. A., Larrea perfeccionó, hasta que la oportunidad que le proporcionó Barral de editar *crítica y exegéticamente* los poemas completos de Vallejo le permitió dispensar sus dictados, *ex cathedra* y de una vez por todas, a judíos y griegos, amén de los romanos y su «falso profeta»<sup>41</sup> (TC, página 27).

No es *odiar* a Vallejo, como Larrea me lo reprendió públicamente, estimar que, con todos sus presupuestos, semejante lectura confundía, mucho más que aclaraba, cuanto late de radicalmente *hispano*, y también de radicalmente *crístico*, en la obra *poemática* del peruano. Daré nuevo ejemplo. El de la conclusión de la «conferencia» con que, en 1967, el director de Aula Vallejo pretendió cerrar el Coloquio de Córdoba. Después de alegar la exhortación final de *España, aparta de mí este cáliz* —«Si la madre España

<sup>39</sup> «Las grandes lecciones culturales de la Guerra española», «La responsabilidad del escritor» e «Hispanoamérica y Estados Unidos ante el Tratado nipo-alemán-italiano», en C.V., Desde Europa (crónicas y artículos), ed. de Jorge Puccinelli, pp. 441-448.

<sup>40</sup> Capítulo «Electrones de la obra de arte», en El Arte y la Revolución.

<sup>41</sup> Ya que Larrea se atribuía, entre otras misiones «trascendentales» la de borrar el «fracaso», «providencial» o no, del Apocalipsis (EP-AVis, p. 98), desengañando a Roma de su «falso profeta» (el sucesor de Pedro) y de la «hegemonía soteriológica» que la Edad Media le reconoció.

cae —digo, es un decir— / salid, niños del mundo: id a buscarla»— explicaba: «Es decir, salgamos por dentro y por fuera al encuentro de esa disposición maternal que nos con-sienta colaborar con sentido, positivamente, en la regeneración hispánica del mundo» (AV 8, p. 298). Cualquier lector apreciará la jugarreta, consistiendo en invertir el concepto so color de extraer la *prosa* de los *versos*.

Hay que abandonar la idea de Vallejo poeta «único»: el Dante o el Super-Dante de nuestra época. Dante escribió en un tiempo en que reinaba un *orden*, el de la Cristianidad occidental, que pronto empezaría a resquebrajarse,<sup>42</sup> pero que era todavía lo suficientemente firme como para consentir la redacción por un solo individuo del poema *total* que lo expresara, con *número, peso y medida*, en su *totalidad*. Si nuestro tiempo —como, desde un principio, se lo concedí a Larrea— es, al contrario, tiempo de *desorden: caótico* y próximo, sin duda, a recibir su «sentencia», según lo anunciado por «el profeta de Patmos» (EP-AVis, pp. 98-102), está claro que no puede haber poeta que lo exprese *todo* y, menos aún, que diga «la fórmula universal de la nueva especie» en que se cifre lo que ha de *advenir* cuando «se lleve a cabo» el «plan teleológico de la historia» (*id.*).

#### IV

Paralelamente con el tema de la *ingenuidad* humana de Vallejo, en toda la *exégesis* de Larrea corre el de su sinceridad poética. A lo cual se debe, entre otras cosas, que la *Poesía Completa* de Barral ofrezca, en *Apéndice*,<sup>43</sup> la reproducción de *El Romanticismo en la Poesía Castellana*, la tesis que, en 1915, en Trujillo, Vallejo sustentó para optar al grado de Bachiller en Letras. Sesenta escasas páginas que, efectivamente, concluían: «Hoy en el Perú, desgraciadamente no hay ya el entusiasmo de otros tiempos por el Romanticismo; y digo desgraciadamente, porque siendo todo sinceridad en esta escuela, es de lamentar que ahora nuestros poetas olviden esta gran cualidad que debe tener todo buen artista» (PCB, p. 905).

No olvido yo que Vallejo siguió considerando la *sinceridad* como un requisito primordial y que, desde París, varias veces tocó el asunto en los artículos que destinaba a revistas del Perú y otros países latinoamericanos. En 1927, por ejemplo, acusaba indistintamente «la actual generación de América» de ser tan retórica y falta de honestidad intelectual, como las anteriores generaciones de las que ella renegaba»: igual que «en el romanticismo» (¡ojo!), los poetas americanos de *vanguardia*, movidos «de incurable descastamiento histórico», adoptaban «las disciplinas europeas» del momento, que «a causa de ser importadas y practicadas por remedo» no los ayudaban «a revelarse y realizarse». Todo para poder «invocar otra actitud»: contra «la cobardía e indigencia de casi todos los vanguardistas», la «emoción genuina y creadora», que Vallejo descubría en «la llana elocución», fuente de «humana hermosura», del libro *Ausencia* de P. Abril

<sup>42</sup> Para quienes entienden, empezó en los mismos días de Dante, entre el momento en que él escribió el «Purgatorio» y aquél en que escribió el «Paraíso».

<sup>43</sup> Única Apéndice, lo que, desde luego, tiende a conferir a ese texto un valor netamente preferencial.